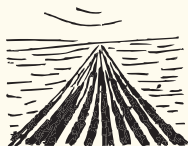


REFLEXIONES SOBRE TRES POETAS DEL MEDIOSIGLO



Alberto Pizarro



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de La Lengua

REFLEXIONES SOBRE TRES POETAS DEL MEDIOSIGLO



Alberto Pizarro



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de La Lengua

ISLAS CANARIAS
2017

© Academia Canaria de La Lengua

© Alberto Pizarro

Diseño de la colección:

Bernardo Chevilly

Fotomecánica e Impresión:
Imprenta Los Majuelos, S.L.

Depósito Legal: TF 1125-2017

ISBN: 978-84-96059-52-8

Esta publicación ha contado con el patrocinio de la
Fundación CajaCanarias,
al amparo del convenio rubricado en septiembre de 2016



Excmo. Sr. Presidente de la Academia Canaria de la Lengua, miembros de la misma, autoridades, Sras. y Sres., amigos todos:

Como es de rigor, quiero agradecer con sincera humildad a los miembros de esta Academia el inmenso honor de haber sido aceptado para formar parte de ella. Espero no defraudar la confianza que en mí depositan, y, por supuesto, me entregaré a las tareas que se me encomienden con la misma ilusión que dedico a la literatura. Se supone que esas han sido las credenciales que motivaron la propuesta.

Versará mi discurso sobre tres poetas canarios del mediosiglo.

Pero antes quisiera hacer un poco de historia. Porque todo tiene un largo anteayer. Con motivo del Centenario del Poeta Domingo Rivero, fui invitado por Eugenio Padorno a participar con una conferencia sobre el poeta.

¿Qué podría entonces hacer yo trascendiendo la limitación temática y dándole otra dimensión para estar hoy aquí con ustedes? Como uno sale de todas estas “batallas”, nunca mejor dicho: con una victoria *pírrica*, pues es más el cansancio físico-intelectual que nos produce, que el pecunio que nos aportan las instituciones. Pero vayamos al grano de la cuestión.

En aquel homenaje al Poeta Domingo Rivero, se habló de “influencias”. Pues bien, he aquí que una sola palabreja abrió un poco de luz para poder disertar ante esta Academia que me acepta y me recibe.

Quizás tenga yo que hacer una afirmación por delante y es la de que no vengo a manifes-

tar nada sobre Domingo Rivero, nada que pueda incluirse, si no es muy tangencialmente, en ese vasto mundo de influjos en los poetas del mediosiglo, porque si de algo quiero tratar es de por qué una serie de poetas dedicaron poemas a Domingo Rivero cuando apenas, muy apenas, podían conocer su obra. Son varias las dedicatorias que en todas las críticas literarias hacen de nuestra vinculación a Alonso Quesada, por supuesto, pero en aquel entonces el conocimiento que podrían tener de Domingo Rivero era de unos pocos poemas y nada que pudiera hacer presentir el gran poeta que era, hasta las investigaciones de Eugenio Padorno y Jorge Rodríguez Padrón.

Si he hecho este apartado, es por considerar que cada uno de los poetas a los cuales quiero referirme pueda servir para tesinas pensantes y doctorandos en el futuro.

Los poetas que he elegido son los ya fallecidos Manuel González Sosa, Manuel Padorno y el más cercano a mí, Arturo Maccanti. Se preguntarán ustedes por qué he elegido a estos

tres y no a otros. Quien quiera profundizar sobre ello encontrará respuestas en Miguel Martínón *La poesía del mediosiglo. Estudio y antología* o en Jorge Rodríguez Padrón *Lectura de la poesía canaria contemporánea*.

Pues si algo me llamó la atención fue el que estos poetas, cada uno por su lado, dedicaran sendos poemas a un autor del que sabrían muy poco, si acaso una decena (y no creo) de poemas. En el tiempo en que los escribieron, su conocimiento estaba más en Alonso Quesada.

Pero fíjense ustedes en esa razón esencial del poema, aquello que explícita o implícitamente está en nuestros poetas. Bueno, habrá que aclarar que aún no poseemos perspectiva temporal suficiente para hablar de nuestra época en términos de un completo conocimiento de su sentido cultural, por más que ciertos datos parecen inequívocos. Entre ellos, como de todos es sabido, la imprescindible “purificación” del lenguaje. Pero esto lleva su inconveniente. La historia de la Poesía, siempre con mayúscula, es ese largo camino hacia la

realización de su “esencia”, es decir, de su función metafísica y religiosa. O mejor, el punto final de esta “teleología” señala el momento en que se restaura esta unidad perdida: el vínculo entre lo visible y lo invisible. Así, todas estas cuestiones han marcado unas teorías utópicas y mesiánicas y habría que extender la crítica literaria a otros aspectos de la “creación” y la “recepción” de la poesía moderna, que están estrechamente relacionados con los efectos de la teoría. Así, la imagen de un Arte que va en busca de su esencia (recordemos al recientemente desaparecido Antoni Tàpies) parece responsable en buena medida del hermetismo, la reducción objetual y las obsesiones minimalistas de una palabra, que se complace a menudo en su incoherente balbuceo, so pretexto de que denota verdades arcanas y generalmente inaccesibles. La oscuridad y a veces incluso la pobreza del discurso poético, han encontrado tradicionalmente en el esencialismo una fácil justificación, que hace depender la apreciación de una obra de la teo-

ría que la sustenta, como si esta pudiera suplir la experiencia estética fallida o incluso reemplazarla. Para decirlo de otro modo: si la obra de unos poetas ha sobrevivido a la desaparición de “modernismos”, o al naufragio de las ambiciones “metafísicas” de las vanguardias, es porque no necesita de una teoría para suscitar la emoción y el placer de una lectura.

Habría que preguntarse cuánta poesía moderna murió, y acaso sigue muriendo, de una sobredosis de esencialismo. Pues el “esencialismo” y la búsqueda de una esencia de la “Poesía” no son comprensibles sino dentro de una teleología historicista, que ya poco curso tiene entre nosotros.

No creo que haga falta evocar aquí las relaciones de una cierta poesía moderna con el esoterismo y el misticismo. Ambos vienen a confirmar la suprema función de lo poético, rodeándola de un aura de misterio. Pero al mismo tiempo, los dos contribuyen a reducir selectivamente al público lector de poesía hasta unos niveles sencillamente catastróficos.

Como dice Schaeffer, “la distancia crítica es quizás la actitud menos mala que podemos adoptar”. Y esa distancia crítica la podemos ver en Heidegger, que ve aún en la poesía la posibilidad de escuchar el dictado del ser. Llegado a este punto, habrán de estar de acuerdo conmigo en una estética y poética abiertas a la pluralidad y de la cual Canarias es una de sus tantas formas.

El conocimiento que nos ofrece la poesía no es diferente (ni superior ni inferior) a aquel al que accedemos por otras vías cognitivas, como, y principalmente, la experiencia cotidiana, la reflexión filosófica o la ciencia. Pienso en aquel poeta, Shelley, que hacía de la “experiencia” poética un modo inédito de articular las relaciones entre pensamiento, palabra y cosa. También en Kant (y de todos es conocido), que veía en la intuición poética un reto para nuestra capacidad lingüística.

Todo esto, como vemos, trae más preguntas que respuestas. Sin embargo, hay algo fundamental: la poesía será lo que nosotros haga-

mos de ella, y no lo que dicte su supuesta “esencia” en el marco de su menos supuesto destino histórico. Lo más importante, como creadores, es tomar conciencia en ese muy viejo y querido arte de la palabra, del sonido y del sentido.

Dicho esto, se preguntarán ustedes a qué viene esta retahíla de manifestaciones poéticas. Pues bien, estos poetas que he citado, abandonarán la rigurosa poesía testimonial anterior, aunque tanto uno como los otros no abdicaron del compromiso ni rechazaron su característica expresividad. Lo que sí ocurre es que Manuel González Sosa, Manuel Padorno y Arturo Maccanti vienen a dar nueva intensidad a la palabra. Empezaría con un poeta que nada tiene que ver con ellos, en cuanto a esa forma de poesía canaria que quiero dejar clara. Decía Luis Rosales: “Te prestaré mis ojos para que veas más lejos...”. Y, en efecto, cada uno de estos poetas dejan clara cuenta de qué hay detrás de cada palabra que utilizan.

Pues es en ese “ver más lejos” donde se cons-

truye el diálogo entre el cosmopolitismo y nuestra identidad insular.

No deja de ser sintomático que justo en el siglo XX es cuando la poesía canaria toma con mayor exactitud, un cierto alejamiento de la poesía española peninsular y se adentra más en el complejo mundo insular y, por tanto, en su carácter.

Sabemos que han oído hablar de los cuatro pilares o características con las que se enfrenta el poeta canario: aislamiento-cosmopolitismo-intimidad-sentimiento del mar. La forma es esencia de la palabra, no confundir con el “esencialismo poético” del que hablé anteriormente, nos llevaría a la determinación de una poesía “conceptual”, una poesía de un auténtico reconocimiento de la condición del insular.

Pues bien, los poetas elegidos abandonarán la dictadura testimonial de la época anterior y sin abdicar del compromiso se esforzarán por mostrarnos una poesía más reflexiva, más meditativa, con un lenguaje experimental, aun-

que no todos con la misma intensidad, pero todos ellos, como dice Miguel Martín, poesía “como medio de indagación y conocimiento”. Quizás habría que añadir poesía de pensamiento, que lo trasladaríamos a la poesía general de Canarias, pues de todos es sabido que la falta de filósofos es sustituida por el lenguaje poético.

Veamos cómo Manuel Padorno se acerca a Domingo Rivero, utilizando incluso un mismo verso suyo en esa actitud dialogante que mantienen estos poetas con su obra, sea un yo o un tú.

EL POETA DE LA AUDIENCIA

Mi oficina da al mar también.

Alguien contempla el mar, en la ventana.

Un viejo sale de la Audiencia...

Del bolsillo saca un papel y lo abre.

Su única ley es (...)

Precisar lo que no se ve.

El poema es más largo y solo he escogido versos donde manifiesta ese diálogo con las

cosas o con el otro, en un mundo cargado de ironía, en decir lo contrario, en ver más de lo que se ve, o en lo que se representa. Los tres poetas escogidos tienen coincidencias y diferencias.

Si en Arturo Maccanti hay un enternecedor lirismo, una enorme ternura que no incurre jamás en lo sensiblero, en Manuel González Sosa su lenguaje se reviste de un tono más solemne, de una cierta altura literaria, poesía mucho más conceptual, asentada en el ascetismo. La pequeña obra de Manuel González Sosa está cargada de interrogantes, interrogativas que no son otra cosa que ese mundo “franciscano” en el que de alguna manera se apoya también Arturo Maccanti. Y así magnifican la realidad por medio de los sentidos: el tono dialógico de estos poetas (quizás más monológico en el caso de Arturo Maccanti). En Manuel González Sosa lo mismo da que se refiera a las murallas de Ávila que a la isla de Fuerteventura, o a los paisajes sudamericanos, lo importante, como en Maccanti o Manuel

Padorno, es que están arraigados en la insularidad. En Manuel González Sosa su voz, en cualquier caso, se esfuerza por vivir su aislamiento.

Aquí sobre la mar sangra esta herida
madura soledad, salitre, viento.
Aquí se pisa en carne viva, vida
a punto de blasfemia o de lamento.

Para terminar:

Aquí ya solo falta izar la fuerte
ancla de piedra y entregar las velas
a los piadosos vientos de la muerte.

Fijémonos en palabras como “ancla, viento, vela, salitre”. Poesía interrogativa ante el misterio de la existencia. Localización del lugar, aunque con una identidad conceptual fuertemente intelectualizada. Poesía sensual entendida esta como un desbordamiento del sentimiento y concentra la meditación reflexiva que pone exclusivamente en los sentidos el

origen del conocimiento.

Es cierto que Manuel González Sosa se reviste de un lenguaje solemne, de un ritmo reposado que le acerca de forma simbolizadora a San Juan de la Cruz. En un poema que fue cambiando con el tiempo y que él titula “Metamorfosis”, dedicado al paisaje de Lanzarote, o a nuestra insularidad, nos dice:

Cielos, lavas, el mar, mi cuerpo, juntos
arden en una pira jubilosa.

Nótese cómo también en Arturo Maccanti y Manuel Padorno la referencia constante a elementos desnudos, sencillos, se elevará al nivel metafísico; el espacio se hace absolutamente gracias a la voluntad de transformación poética que tiene este escritor.

Ya les dije que nos fijáramos en las palabras mencionadas anteriormente: “ancla, vela, viento, salitre, cielos, luz, lavas” y un largo etc., sin olvidar, como no puede ser de otro modo, la palabra “mar”.

Muchas diferencias y coincidencias se observan en estos tres escritores, pero en el caso de Manuel Padorno, que tiene una concepción unitaria de la obra poética, de la poesía como experiencia que se integra en la experiencia vital, hay a lo largo de toda su obra un desarrollo progresivamente enriquecido. Pero el mismo Manuel Padorno ha dicho siempre que él “escribe lo que ve”. Eso supone para el poeta una apasionada búsqueda de experiencias; la poesía se le ofrece como un medio para llegar al mundo y a las gentes, por tanto, una forma de conocimiento del todo y esto desde un estatismo y presentes absolutos.

Este estatismo es marcadamente reconocible en estos poetas. Si Manuel González Sosa y Arturo Maccanti se caracterizan por un tono más reposado y sosegado, en el caso de Manuel Padorno es mucho más un desasosiego “porque el trabajo del poeta consiste en palpar lo no conocido”, es un reinventar la realidad. Nótese este trozo de poema:

Chillan las nubes, las gaviotas grises,
el cernícalo pasa encandilado,
bajo celestes aguas luminosas.
Tiembla la luz por la caleta clara.

Se trata de encontrar la salida del dramático aislamiento en la que Manuel Padorno quiere alcanzar la identidad literaria con el todo. Es el contemplador:

Ver lo que no se ve es mi trabajo.

Ya Andrés Sánchez Robayna, atinadamente, escribió que esta “alegría del ser (...) no debe confundirnos. La alegría es (en los libros de Padorno) no menos un ritmo ontológico que un drama. Drama de la oquedad abismal de la palabra y del silencio, drama de la alegría”. Por eso hablaba de la salida de lo dramático, independientemente de su exaltación de la luz y de lo contemplador.

Es, como dice Miguel Martínón: “asombro originario de la conciencia, que se dispersa atraída por la pluralidad, pero que aspira a la

totalidad”.

Estoy mirando afuera.
Desearía entrar allí, vivir en esa
estancia de luz: ese lugar aparecido.

Siempre hay en Manuel Padorno, como en los otros poetas, un diálogo entre la evidencia gozosa de lo inmediato y el vertiginoso espacio que se abre más allá del conocimiento. Pero también ha conocido la dolorosa condición del aislado que marcará una enorme preocupación que aplica al tiempo concreto en que vive.

Aunque la poesía de Manuel Padorno, a medida que avanzan los años, se va haciendo más desgarrada, más jesuítica, por oponerle a la actitud franciscana de los otros dos (ahora que están tan de moda ambos patriarcas). Esta poesía de Manuel Padorno se carga de ironía y de una mirada crítica indiscutible. En “Invitación al hombre nórdico” nos dice:

...estás desnudo echado en la playa,

ALBERTO PIZARRO

Las Canteras,
es febrero y es tibia la cama donde
duermes.
Ven. Ven a la desolación del hombre
canario.

Siempre veremos en Manuel Padorno al contemplador convertirse en sujeto paciente de la contemplación.

Qué diremos de Arturo Maccanti que tenga que ver con los anteriores. En primer lugar, la poesía para Arturo Maccanti es una pasión, una pasión que lo lleva a vivir en constante inestabilidad, el miedo a sentirse solo y lejos del mar y aunque para él sea una constante necesidad, no duda en clamar:

Estoy harto de ti
mar de la infancia
y juventud...

En el poeta será una constante el regreso al origen, a la recuperación de la infancia —según él mismo, “feliz”—, que también será un testi-

monio auténtico de sí mismo, aunque su evocación tome formas diversas. Acerquémonos al poema “En la alta marea de la tarde”.

Ciega la luz.
Sosiégate.
Estoy solo.
Siempre estuviste solo. Te lo dices.
Hasta el hastío me lo digo.
Mientras,
terco un ácido roe. Digo: es el tiempo.
hurgando el corazón por si nos quedan
certidumbres aún a ti y a mí,
prometeos sin culpa, pero víctimas.

Este enclaustramiento lírico, de carácter extremadamente poético, cargado siempre de una gran emotividad para dialogar con el misterio de la existencia y su particular experiencia, y toda ella con una inacabable ternura. Porque lo metafísico de la poesía de Maccanti no es una reflexión conceptual, sino que es la respuesta a un mundo que no le gusta. En un poema tan corto como “vida” nos dice:

Sólo he tenido un libro
y un pedazo de cielo
en este patio de murallas altas.

Como siempre, un tono elegíaco. Aunque por un camino lo acerque, soterradamente, a la angustia existencial de los anteriores. Además, podríamos señalar que Maccanti es un poeta doblemente insular, pues lo que hace el poeta es combinar el éxtasis de la realidad geográfica con el drama humano de su existencia.

Isla de mi dolor
Isla de mi alegría.

A medida que el poeta entra en la madurez, su escritura se carga de mayor angustia, pues su aventura humana está siempre cercana a los trances más dolorosos y a la muerte de los que le circundan.

Fijémonos en algunas de las partes de su poema “Cuerpo en que vivo”, que él mismo dedicaría a Domingo Rivero:

Y yo hubiera
querido que vinieras a mí,
que me tuvieras cerca y me tocaras
con tus manos los hombros,
la frente, me pasaras
las manos con amor por las caderas,
comprobando el sudor, la fiebre, el
pulso, mi sufrimiento y mi alegría;

Para terminar, porque el poema es más largo:

Porque cuando me veas
ya la muerte me habrá robado aquella
sola disculpa de mi vida,
La clave de mi ser: mi pobre cuerpo.

La meticulosidad con que estos escritores mantienen el ritmo armónico de los versos y la equilibrada combinación de sus sonetos y su forma narrativa, es una característica más en la que habríamos de fijarnos.

Ustedes me perdonarán que esta miscelánea dedicada a los poetas citados la termine con tres poemas correspondientes a cada uno,

donde se puede observar que a pesar de los magníficos estudios de Jorge Rodríguez Padrón y del fundamental ensayo *La poesía del mediosiglo* de Miguel Martínón, aún quedan muchos aspectos que estudiar y resolver. Este concepto de aislamiento que se convierte en exilio viene más motivado por la actitud que-sadiana. Recordemos los versos de Alonso Quesada:

El mar como invitando a lo imposible

O este otro:

Que tiene el mayor mar como camino

Contesta Manuel González Sosa:

Qué corta la mar si fuera
mi pensamiento velero.

Y Manuel Padorno:

El mar es una larga carretera

O Arturo Maccanti:

Yo estoy solo en el mar
no alcanzo el salvavidas del futuro.

Pero como decía, no es con estos diálogos con los que quisiera terminar, sino con tres poemas cortos. El primero que quiero leer, es uno al que le tengo especial cariño, pues en mis largas conversaciones con Maccanti le dije que era un verdadero poema antológico y tuve la sorpresa de que me lo dedicara. Se titula “Laberinto” y en él se puede observar esa alegría de vivir y el drama de su existencia:

Salgo de un laberinto
Y me acojo a la luz.
Explotan los prodigios de invisibles raíces.
Soles y cielos iluminan la tierra.
Casi nazco a la vida, y nazco al mundo,
y al borde de mis párpados, por fin,
los días no amontonan sus escombros.
Y como una flor abierta entre las piedras
de un valle solitario
emerge en mi alegría la memoria.
Y vuelvo por la memoria al laberinto.

En el caso de Manuel González Sosa, es esa poesía meditativa y reflexiva de tendencia rive-riana, que, como ya les anuncié, muy poco podrían conocer de su obra. El poema, un soneto que se titula “A mi abuelo detrás de la vida”, dice:

Yo a este lado del muro y tú a la parte
de allá. ¿Cerca, lejano? Tú callado;
yo gritando en silencio y obstinado
negándome a cansarme de llamarte.
Habla. Susurra apenas, da un vagido,
un golpe con tu puño, o un ligero
arañazo en la cal. Yo solo quiero
tenues sospechas de que está tu oído
pegado a la pared, como está el mío
sorbiendo su callar. No he de pedirte
entero tu secreto; si es desierto
o mar, o senda, o cima, o
bosque umbrío, lo que se ve
después. Quiero sentirte para
saber si ahí se está despierto.

He aquí el poema de Manuel González Sosa, que pertenece a su libro *Sonetos andariegos*. Y con esto termino, porque no quiero cansar-

los con tantos poemas leídos, pero si lo he hecho, es por darles a Vdes. un acercamiento a esa forma tan pausada, tan rítmica de lo que podríamos pensar de una poesía canaria.

Terminemos con un poema de Manuel Padorno, dedicado justamente a Manuel González Sosa. En este caso, ¿quién no reconocerá que el soneto de Manuel Padorno es tan riveriano, tan González Sosa, tan maccantiano, aunque la característica de este poeta en su narratividad suprima los morfemas independientes? Hay que observar que a Manuel Padorno, un poeta tan canario, si algo se le pegó del acento castellano, yo que caí en esa cuenta, fue el uso del “le” como complemento directo; es algo que a mí, particularmente, me chocaba en el oído, supongo que como a él el morfema “lo”.

Baste recordar aquel maravilloso verso dedicado al filósofo López Aranguren: “un puño gris, enorme, le detuvo”. Yo, en aquel directo “lo” había visto la imagen de una manga oscura, que absorbía al sabio profesor. Veamos el

poema dedicado a:

MANUEL GONZÁLEZ SOSA

Le conocí después entre la gente
numérica y contable. Se sentaba
detrás, en la espesura, a rente
del mar, con la ventana abierta.
Es un poeta desapercibido para
la economía canaria. Anda la calle
cabeceante y jubilado ahora. Saluda
al cruzar. Nada sabe muchísimo.
Encaneció siempre desde joven. Guía
del alma. Él es bastante antiguo; el porte
a su manera, pero desde siempre supe,
al verle, que aquel hombre despacio
y sonriente, en apariencia viejo
y esbelto, era parte de la poesía.

Si he querido acabar con estos poemas, es
para que todos los que me escuchan sepan que
todavía hay mucho que estudiar, mucho que
investigar en esto que llamamos el sentir de
una realidad canaria, que no hay que confun-
dir con una política de la misma.

Gracias.

